

## **Las paradojas de la libertad. Dimensiones estructurales y epocales**

**por Ernesto Vetere**

**Lazos Institución Psicoanalítica de La Plata**

“Para la libertad, sangro, lucho y pervivo”, escribió prematuramente Miguel Hernández, dándole voz a un combatiente herido de muerte en el comienzo del franquismo, sin ni siquiera sospechar que ese horror iba a extenderse incomprensiblemente durante casi cuatro décadas. Estos mismos versos, en el ocaso de la dictadura, serán retomados y entonados por Joan Manuel Serrat, transformando esa canción en un himno universal de la libertad. Cuando me dispuse a pensar de qué podía hablar, aquí en Barcelona, aparecieron de modo fugaz y fulgurante estas letras acompañadas por su música. Además de apuntarme cuál podía ser el tema de investigación para la ocasión que hoy nos reúne, esta ocurrencia hizo precipitar dos primeras asociaciones que quisiera dejar al menos esbozadas. Por un lado, se trata de versos hilvanados por verbos: sangrar, luchar, pervivir. Lejos de cualquier pretensión ontológica, la libertad quedaría entrelazada con el verbo. Si existe algún margen de libertad posible, es porque ese margen se hace, es efecto de un hacer, entre otros y ya veremos cómo, del quehacer analítico. Por otra parte, se trata de verbos cuyos sentidos refuerzan la idea de que el sujeto tiene que poner mucho de su parte para poder lograrlo. Recordando aquella máxima ética freudiana, podríamos agregar: Navegar es necesario, pero no es para nada sencillo. Sobre este anudamiento paradójico entre determinismo y libertad quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones.

Cada época enarbola sus banderas sobre la libertad, y no siempre de un modo tan poético. En estos últimos años esta palabra se fue convirtiendo peligrosamente en el grito indignado de las nuevas derechas. Algunos de estos partidos políticos, incluso, así llegan a llamarse: “Libertarios”. Con diferentes expresiones y matices, claro está, pero

con un denominador común: el odio como preeminente pasión del ser. Ese odio invade al oído, precisamente, a través de un grito sin palabras. Se trata entonces de la alocada y hostil arenga por una libertad individual sin Otro y sin otros, que empuja hacia la ruptura de los lazos sociales y de cualquier principio ético que pueda regularlos. Se los denomina, de un modo crítico, “discursos del odio”, aunque en realidad se trata más de un odio que no hace discurso.

Nuestra época, además, agita una idea edulcorada de libertad mercantilizada por las terapéuticas oficiales. Aquí también existen variadas propuestas pero insiste la idea de una suerte de narcisismo libertario, que por pura voluntad y valentía podría prescindir de cualquier determinismo. Esto también conduce a un cortocircuito con el otro, concebido como un estorbo o, por el contrario, como un instrumento para la realización personal. En estos casos, no se acentúa la vertiente del odio sino la del amor, pero reducido a la pasión de ser uno-mismo.

Ante esta proliferación de inquietantes mensajes, es parte de nuestra responsabilidad como analistas intentar discernir sus incidencias sobre la subjetividad contemporánea y más especialmente, sobre algunos dichos de nuestros analizantes. Ya que estas dimensiones epocales del discurso del Otro se irán enhebrando con las estructurales, de un modo singular en cada quien. El tejido entre estas dimensiones determinará al sujeto y será a partir de la interrogación de estas marcas que podrán construirse, inventarse incluso, algunas nuevas maneras de hacer otra cosa con ellas. Esta tensión entre determinismo y libertad, antiguo tema de debate dentro del campo de la filosofía y la política, no ha sido relevado lo suficientemente por el psicoanálisis, no al menos en esos términos. Tanto en Freud como en Lacan, el determinismo siempre ha sido la vía regia para el estudio de la estructura, pero la libertad nunca devino un concepto psicoanalítico. Sin embargo, se pueden leer en sus teorías múltiples alusiones a un saber-hacer del sujeto, en los intersticios de la estructura, que producirá su revitalización y apertura. Este saber-hacer estará sustentado en algo del orden de la “elección

subjetiva”, que por supuesto no es ni volitiva ni yoica ni racional pero que pasará a ser también determinante para el destino del sujeto. Gozne entre la determinación y la libertad que abrirá nuevas puertas más allá del libreto trillado del fantasma. Pero vayamos un poco más despacio ya que desde la perspectiva psicoanalítica, también hay elecciones y elecciones. Propongo entonces hacer un sucinto recorrido que dé fundamentos al siguiente pasaje: de la “elección de neurosis” a la elección del *sinthome*.

Como punto de partida, recordemos aquella taxativa formulación de Freud en “Psicopatología de la vida cotidiana”: “no hay en lo psíquico nada que sea producto de un libre albedrío, que no obedezca a un determinismo”. A pesar de ello, siempre ubicará del lado del trabajo del analizante el intento de desciframiento de sus sueños, sus olvidos, sus lapsus. Y paradójicamente, para poder desentrañar las determinaciones inconcientes de estas formaciones, propondrá como única regla del dispositivo analítico, la regla de asociación libre. Esta libertad asociativa -y su correlato del lado del analista, la atención flotante- será la expresión misma de la tensión entre determinismo y libertad. Sabemos que el analizante no es muy libre que digamos cuando toma la palabra –ya que en definitiva está tomado por ella-. Pero será a través de esos dichos -dictados en parte por el discurso del Otro- que podrá producirse la invención de un decir. Ese decir será un acontecimiento y este acontecimiento, un modesto acto de libertad. La libertad como efecto -nunca como sustancia- solo podrá pensarse a partir de la noción de acto. Esta lógica del acto -y por ende, del fin de análisis- redefinirá los alcances potenciales de la noción de asociación libre, al situar esta regla, presente desde los inicios de un análisis, en dirección al ejercicio de un saber-hacer con la lengua, nueva definición del inconciente a partir del *Seminario 20* y uno de los nombres del *sinthome*, a partir del *Seminario 23*. Saber-hacer con la lengua del que participarán, desde diferentes lugares y funciones, analizante y analista, pero que anticipará también el punto de quiebre necesario para el paso conclusivo de analizante a analista.

Pero retomemos el recorrido propuesto desde otro lugar. Volviendo nuevamente a los tiempos de constitución subjetiva, nos encontramos con otra acepción primigenia de elección: la ya mencionada “elección de neurosis”. Muy tempranamente Freud ubica en el centro mismo del determinismo de la neurosis, una instancia electiva que define cuál será la forma que ésta adoptará. En las cartas a Fliess y en sus primeros textos ya aparece esta expresión, “elección de neurosis”, entendida como “la decisión sobre si se genera una histeria, una neurosis obsesiva o una paranoia”. Se tratará de una “elección condicionada” -por los lugares de fijación de la libido-, antecedente lógico quizás de la “elección forzada” a la que Lacan se referirá en el *Seminario 11*, pero esta vez en relación con la dependencia significativa del sujeto.

La elección forzada inmanente a la alienación se realizará entre el ser y el sentido. En esta primera operación no habrá lugar, estrictamente hablando, para la libertad. De hecho, el propio Lacan siguiendo la vía hegeliana plantea que a través de esta alienación el ser humano “emprende el camino hacia la esclavitud. ¡*La libertad o la vida!* Si elige la libertad, ¡pum! Pierde ambas inmediatamente –si elige la vida, tiene una vida amputada de libertad”. Es por esta razón que será necesaria esa torsión esencial que produce la segunda operación. La separación expresará la liberación del sujeto del efecto afanisiaco del significante, permitiéndole encontrar en los intervalos del discurso del Otro un espacio posible desde dónde jugar de otro modo el juego del deseo.

Esta dialéctica habilitará la “función del no”. Y desde aquí proyectaremos otra traza que parta desde estos primeros no, hacedores de la infancia, hasta el “todo, pero no eso” otro de los nombres del *sinthome*. Nunca podremos dimensionar de antemano las consecuencias de un “decir no”. Un ejemplo paradigmático de ello lo encontramos en aquel personaje de José Saramago, Raimundo Silva, revisor de textos de una editorial que se encarga de preservar la integridad de los escritos cuya lectura le encomiendan. Viene llevando una vida solitaria y anodina, de su casa al trabajo y del trabajo a su casa. Hasta que un día llega a sus manos un texto sobre la historia del cerco de Lisboa y al

finalizar su corrección, y sin saber muy bien por qué, decide escribir un “no” allí donde correspondía conservar un “sí”. Ese instante electivo cambiará definitivamente la historia escrita de Portugal y de su vida personal. Además del cerco de la ciudad caerá otro cerco, que lo ayudará a construir una nueva relación entre su soledad y los otros.

Este ejemplo nos muestra como un “decir no”, puede alcanzar a posteriori un estatuto de acto, de impredecibles efectos. Este pasaje de lo psíquico a lo tíquico implicará otra relación con eso contingente, no predeterminado que sólo podrá tener lugar más allá de las fronteras cercadas del fantasma. El “todo, pero no eso”, que Lacan encuentra en la posición de Sócrates, lo llevará a postular precisamente eso: que esta fórmula da cuenta de una posición, una posición posible ante la vida y la muerte, a la que llamará párrafos más adelante, herética. Refiriéndose a Joyce -y apelando al término griego *haeresis*, que significa “elección”- dirá: “es preciso elegir la vía por donde tomar la verdad. Esto tanto más cuanto que una vez hecha la elección, eso no impide a nadie someterla a confirmación, es decir ser hereje de la buena manera, aquella que, por haber reconocido bien la naturaleza del *sinthome*, no se priva de usarlo lógicamente, es decir hasta alcanzar su real...”. Esa verdad articulada a lo real, y singular para cada quien, sólo se alcanzará y se renovará cada vez, a partir de la “elección del *sinthome*”, enfatizando la equivocidad del genitivo. Porque una vez hecha la elección, este saber-hacer, al convertirse en necesario, también elegirá por nosotros. No nos permitirá que dejemos de hacerlo. Esos instantes de libertad serán posibles a partir de la inscripción de la imposibilidad, imposibilidad que hará relevo de la impotencia al quedar ligada ya no con el determinismo originario sino con lo incurable del sujeto y del mundo. “Todo, pero no eso”: el “pero no eso” que agujerea al “todo”, será el punto herético donde el sujeto, en cada uno de esos instantes, podrá volver a hacer su elección deseante: prescindiendo del padre, pero sólo a condición de servirse de su *sinthome*.